

miento, que es como si dijésemos: «comulgo, porque otros comulgan y porque ya lo tengo de costumbre;» llegámonos como por vía de ceremonia, sin haber precedido consideración ni sentimiento de lo que vamos á hacer; esa es la causa de sentir poco fruto. Y así, cuando uno siente en sí que no medra, ni aprovecha con la frecuencia de este Santo Sacramento, debe mirar y examinar muy bien si es por falta de disposición; y si halla serlo, ha de procurar remediarlo.

Otras veces suele provenir esto de dejarse uno caer advertidamente en culpas veniales. Dos maneras hay de culpas veniales (1); unas que se hacen por inadvertencia, aunque con algun descuido y negligencia; otras hay que se hacen advertidamente y de propósito. Las cuales culpas veniales, en que, por no advertir, caen las personas temerosas de Dios y diligentes en su servicio, no hacen este daño; mas las que con deliberacion, de propósito y advertidamente, hacen las personas tibias y remisas en el servicio de Dios, impiden en gran parte los efectos divinos de este Santísimo Sacramento. Y lo mismo podemos decir de las faltas que deliberadamente y de propósito hace uno en la observancia de sus reglas é instituto. Así como un padre suele mostrar á su hijo el rostro torcido, cuando ha hecho alguna falta, para reprehenderle con aquello y avisarle que ande con mas cuidado de ahí adelante: así lo suele hacer Dios con nosotros en la Comunión y en la oracion. Y así, si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan á este divino Sacramento como deben, es menester que procuremos no hacer faltas advertidamente y de propósito. Y noten mucho esto las personas te-

(1) Ludov. Blos. in speculo spiritali, c. 6.

merosas, porque es de mucha importancia para recibir muchas mercedes de Dios.

Lo tercero, digo que el no sentir uno con este divino Sacramento aquellos efectos que habemos dicho, muchas veces no es por culpa alguna, ni por eso deja de recibir en su alma grande fruto, aunque á él le parezca que no lo siente, como solemos decir de la oracion, de la cual suelen tener muchos la misma queja; que aunque uno no sienta en ella el gusto y consuelo que desea y otras veces por ventura suele sentir, no por eso deja de ser de mucho provecho. Como el manjar al enfermo, aunque no le dé gusto, no por eso le deja de sustentar y ser provechoso. Son esas cosas que pertenecen á la providencia altísima de Dios, el cual suele de esa manera probar á sus siervos, y ejercitarlos, y humillarlos, y sacar otros bienes que él se sabe. Añádese á esto que algunas veces obra este Sacramento tan secretamente que apenas lo puede el hombre entender; porque la gracia comunmente obra como la naturaleza, poco á poco, como parece en una planta que sin echarse de ver cuando crece, vemos despues que ha crecido. Y así dice San Laurencio Justiniano, que así como el manjar corporal sustenta al hombre y hace que crezca, aunque no lo advirtamos; así este divino Sacramento conforta y fortalece al alma con aumento de gracias, aunque no lo sintamos.

Lo cuarto, digo que no solo se cuenta por aprovechamiento el ir adelante, sino también el no caer y volver atrás. Y no es menos de estimar la medicina que nos preserva de la enfermedad, que la que nos acrecienta la salud. Y adviértase mucho esto, porque es cosa de gran consuelo para aquellos que no ven tan palpablemente en sí el fruto de este Sacramento. Vemos comunmente que los que reciben á menudo este divino manjar viven en temor de Dios,

y se les pasa todo el año y á muchos toda la vida sin hacer pecado mortal: pues ese es uno de los principales frutos y efectos de este Sacramento, conservar á uno que no caiga en pecados, como lo es del manjar conservar la vida corporal. Y lo notó muy bien el Concilio Tridentino, diciendo que «es remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales (1).» Y así, aunque uno no sienta en sí aquel fervor y devocion, ni aquella hartura y consuelo espiritual, ni despues de haber comulgado sienta aquel aliento y ligereza para las buenas obras que otros suelen sentir, sino antes sequedad y tibieza, no por eso deja de recibir fruto. Y si comulgando cae en algunas faltas, no comulgando cayera en otras mayores. Hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte para llegarnos con la disposición y reverencia que habemos dicho, que sin duda será grande el provecho que recibirá nuestra alma con la frecuencia de este divino Sacramento.

Cuenta Tilman Bredembraquio (2) de un duque de Sajonia, llamado Wedequindo, que era infiel, y vinole curiosidad de ver lo que pasaba en los Reales Católicos de Carlo Magno; y por hacerlo mas á su placer, vistióse en hábito de peregrino, y váse allá; era tiempo de Semana Santa y Pascua, cuando toda la gente comulgaba. El andaba con atencion mirándolo todo; y entre otras cosas que vió, fué que cuando el sacerdote comulgaba al pueblo, veia un Niño muy hermoso y muy resplandeciente en cada Forma; y dice que en las bocas de unos entraba el Niño tan alegre, tan regocijado y tan de buena gana, que parecia que él

(1) Antidotum, quo liberamur a culpis quotidianis, et a peccatis mortalibus praeservamur. Conc. Trident. ses. XIII de Sanctissimo Eucharistiae Sacramento, cap. 2.

(2) Tilm. Bredembrach. lib. 1 Collationum, cap. 2. Histor. Eccles. Alberti Crantii, lib. 1, c. 9.

mismo se iba y daba priesa á entrar; en otros, dice que parecia que entraba de muy mala gana y como forzado, porque volvia el rostro y las manos atrás, y meneaba los pies, como haciendo resistencia para no entrar en su boca. Y con este milagro se convirtió y se hizo cristiano este príncipe y toda su tierra.

Otro ejemplo semejante, y que declarámas el pasado, se cuenta (1) de un sacerdote seglar, que diciendo misa, un siervo de Dios que la oia, al tiempo del consumir, vió en la Patena, no las especies de Pan, sino un Niño; y cuando el sacerdote le levantó para tomarle, volvió el Niño el rostro, y como quien porfiaba, contradiciendo con los pies y manos, á que no le recibiese. Y esto vió aquel siervo de Dios, no una, sino algunas veces. Y hablando una vez aquel sacerdote con él, vinole á decir que no sabia qué era que cada vez que tomaba el Cuerpo del Señor lo tomaba con mucha dificultad. Entonces el siervo de Dios le contó lo que habia visto, y aconsejóle que mirase por sí, y se enmendase. El sacerdote tomó muy bien el aviso, y compungido enmendó su vida. Y despues oyendo su misa el mismo siervo de Dios, vió al Niño como de antes; mas que al tiempo de consumir, con los pies y manos juntas se le entraba por la boca con mucha velocidad.

CAPITULO XIV.

Del santo Sacrificio de la Misa.

Ya habemos tratado de este divino Sacramento y de sus efectos y virtudes admirables, en cuanto es Sacramento; resta ahora tratar de él en cuanto es sacrificio: que es una cosa que el sagrado Concilio

(1) Henrique Gram, en sus ejemplos, verbo Eucharis, ejemplo 4 alagado por el doctor Santoro, lib. 4 do su Prado, cap. 106.

Tridentino (1) manda á los predicadores y pastores de las almas que declaren á sus ovejas, para que todos entiendan el tesoro grande que dejó Cristo nuestro Redentor á su Iglesia en dejarnos este sacrificio, y se sepan aprovechar de él. Desde el principio del mundo, á lo menos después del pecado, aun en la ley natural, siempre hubo y fueron necesarios sacrificios para aplacar á Dios y para reverenciarle y honrarle, en reconocimiento de su infinita excelencia y magestad. Y así, en la Vieja Ley instituyó Dios sacerdotes y sacrificios muchos; empero, como la Ley era imperfecta, los sacrificios también lo eran; sacrificaban y mataban muchos animales; no les podía aquello llevar á perfección, no bastaba el sacerdocio de Aaron, ni sus sacrificios, para santificar á los hombres y quitarles los pecados, porque "es imposible que con sangre de toros y cabrones se quiten los pecados," dice el Apóstol San Pablo (2). Era menester que viniese otro Sacerdote, según la orden de Melquisedec, que es Jesucristo, y que ofreciese otro sacrificio, que es á sí mismo, que fuese bastante para aplacar á Dios y santificar á los hombres y llevarlos á perfección. Y así dice San Agustín (3), que todos los sacrificios de la Vieja Ley significaban y eran figura de este sacrificio, y que así como una misma cosa se puede significar y dar á entender con diversas palabras y en diversas lenguas; así este único y verdadero sacrificio fué significado y figurado mucho antes con toda aquella multitud de sacrificios, para por una parte encomendarnos mucho y muchas veces; y por otra, con la diversidad y variedad quitarnos el fastidio que suele

causar el repetir muchas veces una misma cosa. Y por eso, dice, mandaba Dios que le ofreciesen sacrificios de animales limpios, para que entendiésemos que así como aquellos animales, que se habían de sacrificar, carecían de los vicios y defectos del cuerpo y no tenían mácula, así el que había de venir á ofrecerse en sacrificio por nosotros no había de tener mácula de pecado. Y si aquellos sacrificios agradaban á Dios (como es cierto que por entonces le agradaban), era en cuanto por ellos confesaban y profesaban los hombres que había de venir un Salvador y Redentor que había de ser el verdadero sacrificio; y en virtud de este tenían aquellos entonces algún valor. Pero viniendo que vino este Salvador y Redentor al mundo, desagradaron á Dios aquellos sacrificios, como lo dice el Apóstol. Y por tanto, "entrando en el mundo," dijo: "La hostia y el sacrificio, tú no los quisiste; mas me diste un cuerpo proporcionado á padecer." Los holocaustos que se hacen por los pecados, no te agradaron. Entonces dijo yo: "A muy buen tiempo vengo. En el principio del libro está escrito de mí, que se haga tu voluntad, Dios mío (4)." Dió Dios cuerpo á su Unigénito Hijo para que hiciese la voluntad de su Padre, ofreciéndose por nosotros en la cruz. Y así, viniendo al mundo lo figurado, cesó la sombra y la figura, y dejaron de agradar á Dios aquellos antiguos sacrificios.

Pues este es el sacrificio que tenemos en la Ley de Gracia y el que cada día ofrecemos en la Misa. El mismo Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, es nuestro sacrificio. "Se entregó á sí mismo por nos-

(1) Concil. Trid. ses. 22.

(2) Impossibile enim est sanguine taurorum, et hircorum, auferri peccata. Ad Hebr. X, 4.

(3) Agust. lib. 4 contra adversarium legis, et prophetarum, cap. 18.

(4) Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam, et oblationem noluit; corpus autem aptasti mihi; holocaustata; et pro peccato, non tibi placuerunt. Tunc dixi ecce venio: in capite libri scriptum est de me, ut faciam. Deus, voluntatem tuam (Ps. XXXIX, 7). Ad Hebr. X, 5.

otros oblation y hostia á Dios en olor de suavidad (1). Y estas no son consideraciones devotas, sino cosas que nos enseña la fe. La Misa, es verdad que es memoria y representación de la Pasión y Muerte de Cristo; y así dijo el cuando instituyó este soberano sacrificio: "Haced esto en memoria mía (2)." Pero es menester que entendamos que no solamente es memoria y representación de aquel sacrificio; en que Cristo se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados; sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció; y del mismo valor y eficacia. Y mas: no sólo es el mismo sacrificio; sino también el que ofrece ahora este sacrificio de la Misa es el mismo que el que ofreció aquel sacrificio en la cruz. De manera, que así como entonces, en tiempo de la Pasión, el mismo Cristo fué el sacerdote y el sacrificio; así también ahora en la Misa, el mismo Cristo es no solamente el sacrificio; sino también el sacerdote y el Pontífice que se ofrece á sí mismo cada día en la Misa al Padre Eterno por ministerio de los sacerdotes. Y así el sacerdote que dice la Misa representó la persona de Cristo; y como ministro ó instrumento suyo y en su nombre ofrece este sacrificio. Lo cual declaran bien las palabras de la Consagración; porque no dice el sacerdote: "este es el Cuerpo de Cristo (3);" sino "este es mi Cuerpo (4);" como quien habla en persona de Cristo, que es el sacerdote y pontífice principal que ofrece este sacrificio. Y por esta razón el Profeta David (5) y el Apóstol San Pablo (6) le llaman Sacerdote eterno según la orden de Melquisedec, y no se dije

ra bien Sacerdote perpetuo, si una sola vez hubiera ofrecido sacrificio; pero dícese Sacerdote eterno, porque siempre ofrece sacrificio por medio de los sacerdotes, y nunca cesa; ni cesará de ofrecerle hasta el fin del mundo. Tal Sacerdote y tal Pontífice habíamos nosotros menester; dice el Apóstol (1); que no fuese como los otros sacerdotes, que primero han menester rogar á Dios por sus pecados, y después por los del pueblo; sino tal; que por su dignidad y reverencia fuese oído; tal, que no con sangre ajena, sino con la suya propia aplacase á Dios.

Pues ponderemos aquí las invenciones de Dios y el artificio y sabiduría de sus consejos que tomó para la salud de los hombres y lo que hizo para que este sacrificio fuese por todas partes acepto, agradable y eficaz; como lo pondera muy bien San Agustín (2). Porque habiendo en un sacrificio cuatro cosas que considerar; la primera, á quien se ofrece; la segunda, quien le ofrece; la tercera, qué es lo que se ofrece; la cuarta, por quien se ofrece; la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio y con tal artificio, que el mismo que ofrece este sacrificio, para reconciliarnos con Dios, es uno con aquel á quien le ofrece, y se hizo uno con aquellos por quien le ofrecía; y el mismo era lo que ofrecía. Y así fué de tanto valor y eficacia, que bastó para satisfacer y aplacar á Dios, no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, y de cien mil mundos que hubiera; dice el Apóstol y Evangelista San

(1) Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis. Ad Eph. V, 2. (1)

(2) Hoc facite in meam commemorationem. Luc. XXII, 19.

(3) Hoc est Corpus Christi. (2)

(4) Hoc est Corpus meum. (3)

(5) Ps. CIX, Assumimus membrum tuum. (4)

(6) Ad Heb. VII, 17, 21. (5)

(1) Talis enim decebat, ut nobis esset Pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus, et excelsior cælis factus, qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum Sacerdotes, pro suis delictis hostias offerre, deinde pro Populi. Ad Heb. VII, 26. Qui in diebus carnis suæ, precibus, supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere a morte, cum clamore valido, et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia. Ad Heb. V, 7. (2) Aug. lib. 4 de Trinitate.

Juan (1). Y así dicen los teólogos y Santos que este sacrificio, no solo fué suficiente satisfaccion y recompensa por nuestras deudas y pecados, sino muy superabundante; porque mucho mas es lo que se da y ofrece aquí que la deuda que debíamos; y mucho mas agradó al Padre Eterno este sacrificio, que le habia desagradado la ofensa cometida. De aquí es tambien que, aunque el sacerdote sea malo y pecador, no por eso deja de aprovechar y valer este sacrificio á aquellos por quien se ofrece, ni se disminuye nada de su valor y eficacia; porque Cristo es, no solo el sacrificio, sino el Sacerdote y Pontifice que le ofrece. Como la limosna que vos haceis, aunque la enviéis por medio de un criado que sea malo y pecador, no por eso pierde nada de su virtud y mérito.

Dice el Concilio Tridentino: «El mismo Sacrificio es este que el que entonces se ofreció en la cruz, y el mismo es el que ahora le ofrece por ministerio de los sacerdotes (2)». Solamente está la diferencia, dice el Concilio, en que aquel que se ofreció en la cruz fué Sacrificio Cruento, que quiere decir: *Sangriento*, con derramamiento de sangre; porque Cristo Redentor nuestro era entonces pasible y mortal; y este de la misa es Sacrificio Incruento, que quiere decir: *sin derramamiento de sangre*; porque ya Cristo está glorioso y resucitado, y así no puede morir y padecer (3). Dice el Concilio y dicen los Evangelistas que, habiendo el Redentor del mundo de ser sacrificado y morir en la cruz para redimirnos,

no quiso que se acabase allí el sacrificio, porque era Sacerdote para siempre (1). Quiso que la Iglesia tuviese y le quedase su sacrificio, y porque era sacerdote segun la orden de Melquisedec, el qual ofreció sacrificio de pan y vino, convenia que se nos quedase en sacrificio debajo de especies de pan y vino. Y así en la última Cena, en la noche que era entregado, tomó el pan, y haciendo gracias, lo partió y lo dió á sus Discipulos (2). Entonces, cuando los hombres trataban de darle la muerte, trataba él de darles á ellos la vida. Quiso dejar á su Esposa la Iglesia visible un sacrificio visible, como lo pide la naturaleza de los hombres, que no solo representase y trajese á la memoria aquel sacrificio sangriento de la cruz, sino que tuviese la misma virtud y eficacia que aquel para perdonar pecados y aplacar á Dios y reconciliarnos con él; y que fuese en efecto el mismo sacrificio; y así consagró su Cuerpo y Sangre Santísima debajo de especies de pan y vino, convirtiendo el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre; y debajo de aquellas especies se ofreció al Padre Eterno. Aquella dicen los doctores que fué la primera Misa que se celebró en el mundo. Y entonces ordenó á sus discipulos sacerdotes del Nuevo Testamento, y les mandó á ellos y á sus sucesores en el sacerdocio que ofreciesen este sacrificio, diciendo: «Haced esto en memoria mia (3)». Por esta razon dicen algunos que la fiesta del Santísimo Sacramento es la mayor de cuantas la Iglesia celebra de Cristo nuestro Redentor, porque las demás solamente son memoria y representación, como la de la Encarnacion, Natividad, Re-

(1) Ipse est propitiatio pro peccatis nostris, non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi. I. Joann. II, 2.

(2) Una enim, eademque est Hostia, idemque nunc offerens Sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in Cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa. Concil. Trident. ses. XXII, cap. 2.

(3) Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur. Ad Rom. VI, 9.

(1) Quia erat Sacerdos in aeternum. Matth. XXVI, 26; Marc. XIV, 22; Luc. XXII, 17 et 19.

(2) In qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens fregit, deditque Discipulis suis. I. Cor. XI, 23.

(3) Hoc facite in meam commemorationem. Luc. XXII, 19.

surreccion y Ascension; no se hace entonces el Hijo de Dios Hombre, ni nace, ni resucita, ni sube á los cielos: pero esta fiesta, no es solamente la memoria y representacion, sino que de nuevo viene, y está Cristo debajo de aquellas especies sacramentales, cada vez que el sacerdote dice las palabras de la Consagracion; y de nuevo se ofrece cada dia en la Misa el mismo sacrificio que se ofreció cuando Cristo nuestro Redentor murió por nosotros en la cruz.

Consideremos aqui el amor grande de Cristo para con los hombres y lo mucho que le debemos; que no se contentó con ofrecerse una vez en la cruz por nuestros pecados, sino quiso quedarse en sacrificio, para que tengamos, no sola una vez, sino muchas y cada dia, hasta el fin del mundo, un sacrificio agradable que ofrecer al Padre Eterno, y un presente tan grande y tan precioso que le presentar por nuestros pecados, para aplacarle, que no puede ser mayor ni mas precioso y agradable. ¿Qué fuera del pueblo cristiano si no tuviéramos este sacrificio con que aplacar á Dios? Ya estuviéramos como otra Sodoma y Gomorra (1), y nos hubiera Dios asolado y destruido como nuestros pecados merecian. Este, dice Santo Tomás (2), que es el efecto propio del sacrificio, aplacar á Dios con él, conforme á aquello de San Pablo: «Se entregó á sí mismo por nosotros oblation y hostia á Dios en olor de suavidad (3)». Como cuando acá un hombre se aplaca y perdona la injuria, que le han hecho, por alguna oferta ó presente que le hacen; y así es tan acepto y tan agradable á Dios este sacrificio y presente que le hacemos, que basta para aplacarle, y para que po-

damos parecer delante de él y que nos mire con ojos de piedad. Si el Viernes Santo, cuando fué crucificado el Redentor del mundo, os hallárades al pie de la cruz, y cayeran sobre vos aquellas gotas de su preciosa Sangre ¡qué consolacion sintiera vuestra alma! ¡qué esfuerzo tomárades! ¡qué esperanza tan cierta cobrárades de vuestra salvacion! El ladron, que en toda su vida no habia sabido sino hurtar, cobró tan grande ánimo, que de ladron se tornó santo y de la cruz hizo paraíso. Pues el mismo Hijo de Dios, que entonces se ofreció en la cruz, él mismo se ofrece ahora en la Misa por vos, y de tanto valor y eficacia es este sacrificio como aquel; y así dice la Iglesia: «Cuantas veces se celebra la memoria de este sacrificio, se ejercita la obra de nuestra redencion (4)». Aquellos frutos grandes de aquel sacrificio sangriento manan y se nos comunican por este sin sangre.

Es tan alto y soberano este sacrificio, que solo á Dios se puede ofrecer. Y lo nota el Concilio Tridentino. Dice (2), que aunque la Iglesia acostumbra decir Misa en reverencia y memoria de los Santos; pero que no se ofrece este sacrificio de la Misa á los Santos. Y así no dice el sacerdote: «Ofrézcole á San Pedro ó á San Pablo (5)»; sino ofrézcole á solo Dios, dándole gracias por las victorias y coronas que dió á los santos, é implorando su patrocinio, para que intercedan por nosotros en el cielo, pues nosotros los honramos y reverenciamos en la tierra (4).

De manera, que este divino misterio, no solamente es Sacramento como los de-

(1) Quasi Sodoma fuisset, et quasi Gomorraha similes essemus. Isai. I, 9.

(2) S. Thom. 3. p. q. 49, art. 4.

(3) Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis. Ad Eph. V, 2.

(4) Quoties hujus hostiae commemoratio celebratur, opus nostrae redemptionis exercetur. Eccl. in Dominica IX, post Pentecost. in oratione secreta.

(5) Concil. Trident. serm. 22, c. 3.

(6) Offero tibi Sancte Petre, vel Sancte Paule. Ut ipsi pro nobis intercedere dignentur in caelis, quorum memoriam facimus in terris.

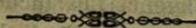
mas, sino juntamente es Sacrificio; y hay mucha diferencia entre estas dos razones, de Sacramento y de Sacrificio; porque el ser sacrificio consiste en que se ofrezca por medio del sacerdote en la Misa. Sentencia es muy recibida de los teólogos que la esencia de este sacrificio consiste en la Consagración de entrambas especies, y que entonces se ofrece cuando se acaban de consagrar. Así como en el punto que Cristo espiró, se acabó de hacer aquel sacrificio cruento, en que se ofreció al Padre Eterno por nosotros en la cruz; así en la Misa, este sacrificio, que es verdadera representación de aquel y es el mismo que aquel, se acaba esencialmente y se ofrece en el punto en que se acaban de decir las palabras de la Consagración sobre el pan y sobre el vino, porque entonces está allí por virtud y fuerza de las palabras el Cuerpo en la Hostia y la Sangre en el Cáliz; y en aquella Consagración de la Sangre, que se hace en acabando de consagrar el Cuerpo, se representa al vivo el derramamiento de la Sangre de Cristo, y consiguientemente el apartamiento del Anima del Cuerpo, que de ese derramamiento y apartamiento de la Sangre del Cuerpo se siguió. De manera, que por las palabras de la Consagración se produce el sacrificio, y por ellas mismas se hace la oblación. Pero el ser Sacramento, éslo siempre, despues de consagrado, mientras duran las especies de pan; cuando está reservado en la Custodia, cuando le llevan á los enfermos, y cuando uno comulga; y no tiene entonces razón ni fuerza de sacrificio. Y hay otra diferencia, que, en cuanto es Sacramento, aprovecha al que lo recibe como los demas Sacramentos, dándole gracia y los demas efectos suyos. Pero en cuanto es Sacrificio, aprovecha, no solamente al que le recibe, sino tambien á otros por quien se ofrece. Y así nota el Concilio Tridentino que para es-

tas dos cosas y por estas dos causas instituyó Cristo este divino misterio: la una, para que como Sacramento fuese mantenimiento del alma, con el cual se pudiese conservar, restaurar y renovar la vida espiritual; la otra, para que la Iglesia tuviese un Sacrificio perpétuo que ofrecer á Dios para perdon y satisfacción de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de los beneficios recibidos, y para impetrar y alcanzar nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no solamente para remedio y alivio de los vivos, sino tambien de los difuntos que mueren en gracia y están en purgatorio: á todos aprovecha este sacrificio.

Y hay aquí una cosa de gran consuelo, que así como el sacerdote, cuando dice Misa, ofrece este sacrificio por sí y por otros, así tambien todos los que la están oyendo ofrecen juntamente con él este sacrificio por sí y por otros. Así, como cuando un pueblo ofrece un presente á su señor, vienen tres ó cuatro hombres, y habla el uno solo con él, pero todos traen el presente y todos le ofrecen; así acá, aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos ofrece este sacrificio; pero por manos del sacerdote ofrecen todos. Verdad es que hay diferencia, porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, pero cualquiera de los otros podia hacer aquello; y en la Misa no; porque solo el sacerdote, que está escogido de Dios para ello, puede consagrar y hacer lo que se hace en la Misa; pero todos los demas que sirven ó asisten á ella, ofrecen tambien aquel sacrificio. Y así lo dice el mismo sacerdote en la Misa: «Orad, hermanos, para que este sacrificio mio y vuestro sea aceptable delante de Dios Padre todopoderoso (1);» y

(1) Orate, fratres, ut meum, ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem. *Eccles.*

el Cónon dice: «Por los que te lo ofrecemos, ó te lo ofrecen (1).» Lo cual deberia poner mucha codicia á todos de oír y ayudar las Misas; y lo declararemos mas en el capítulo siguiente.



CAPITULO XV.

De qué manera se ha de oír la Misa.

Lo que hemos dicho parece que nos obliga á tratar cómo se debe oír Misa y lo que hemos de hacer en ella. Y así diremos acerca de esto tres cosas, que serán tres devociones que podemos tener en la Misa, y cada una de ellas es muy principal, y todas tres se pueden tener juntamente. Y no serán de nuestra cabeza, sino de nuestra Madre la Iglesia, para que se tengan y estimen en lo que es razón. Cuanto á lo primero, hemos de presuponer que la Misa es una memoria y representación de la Pasión y Muerte de Cristo, como queda dicho. Quiso el Redentor del mundo que este santo sacrificio fuese memoria de su Pasión y del amor que nos tuvo, porque entendió que acordándonos de lo que por nosotros padeció, nos seria esta continua memoria un despertador grande para amarlo y servirle, y que no seríamos como el otro pueblo que se olvidó del Señor que les salvó y sacó de Egipto (2). Y así, una de las buenas devociones que podemos tener en la Misa, conforme á esto, es ir considerando los misterios de la Pasión que en ella se nos representan, sacando de allí actos de amor y propósitos de servir mucho al Señor. Para eso ayudará mucho saber las significaciones de lo que se hace y dice en la Misa, para que así vayamos

entendiendo y gustando mas de los misterios grandes que allí se nos representan; porque no hay palabra, ni signo, ni ceremonia que no tenga grandes significaciones y misterios: y todas las vestiduras y ornamentos con que se viste el sacerdote para decir Misa, nos representan tambien eso mismo. El Amito, dicen los Santos que representa el velo con que cubrieron el rostro á Cristo nuestro Redentor, cuando le decian, hiriéndole en el rostro: «Profetiza quien te dió.» El Alba, la vestidura blanca con que Herodes, haciendo burla y escarnio de él con su ejército, le envió vestido á Pilato. El Cingulo representa, ó las primeras ataduras y sogas con que fué atado, cuando le prendieron, ó los azotes con que fué azotado por mandado de Pilato. El Manipulo significa las segundas ataduras, con que ataron á Cristo las manos á la columna, cuando le azotaron. Pónese en el brazo izquierdo, que está mas cercano al corazón, para denotar el amor grande con que recibió aquellos crueles azotes por nuestros pecados, y el amor con que es razón que nosotros correspondamos á tan grande amor y beneficio. La Estola representa las terceras ataduras, que fué aquella soga que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz acuestas para ser crucificado. La Casulla representa la vestidura de grana que le vistieron para hacer burla y escarnio de él; ó segun otros, representa aquella Túnica inconsútil que le desnudaron para crucificarle. El entrar el sacerdote en la sacristía á vestirse de estas vestiduras sacerdotales, representa la entrada de Cristo en este mundo, en el Sagrario Sacratísimo del vientre virginal de la Virgen MARIA, Madre suya, donde se vistió de las vestiduras de nuestra humanidad para ir á celebrar este sacrificio en la cruz. Y al salir el sacerdote de la sacristía canta el coro el Introito de la Misa, el cual significa

(1) Pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt.
(2) Qui obliti sunt Deum, qui salvavit eos. *Ps. CV, 21.*

los grandes deseos y suspiros con que aquellos Santos Padres esperaban la Encarnacion del Hijo de Dios: "Envia, Señor, el Cordero que ha de dominar la tierra. ¡Ojalá rompieses los cielos y bajases (1)!" Y tórnase á repetir otra vez el Introito, para significar la frecuencia de estos clamores y deseos que tenian aquellos Santos Padres de ver á Cristo en el mundo, vestido de nuestra carne. El decir el sacerdote la confesion, como hombre pecador, significa que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados para pagar por ellos, y quiso parecer pecador y ser tenido por tal, como dice el Profeta Isaias (2), para que nosotros fuésemos justos y santos. Los Kyries, que quiere decir: «Señor, misericordia,» significan la grande miseria en que estábamos todos antes de la venida de Cristo. Seria cosa muy larga discurrir por todos los misterios en particular. Basta entender que no hay cosa en la Misa que no esté llena de misterios; y todos aquellos signos y cruces que hace el sacerdote sobre la Hostia y el Cáliz, es para representarnos y traernos á la memoria los muchos y varios tormentos y dolores que Cristo padeció por nosotros en la cruz; el levantar en alto la Hostia y el Cáliz en acabando de consagrar (fuera de que se hace para que el pueblo lo adore), nos representa cuando levantaron la cruz en alto para que todos le viesen crucificado. Cada uno puede entretenerse en la consideracion de un misterio ó dos, que mas devocion le diese, sacando de ellos fruto para sí, y procurando corresponder á tan grande amor y beneficio; y eso será mas provechoso que el pasar de corrida muchos misterios por la

(1) Emitte agnum, Domine, dominatorem terrae. *Isaiæ XVI, 1.* — Utinam dirumperes coelos, et descenderes. *Isaiæ LXIV, 1.*
 (2) *Isaiæ LIII, 4 et 11.*

memoria. Esta es la primera devocion que podemos tener en la Misa.

La segunda devocion y modo de oír la Misa, es muy principal y muy propio de ella, y le apuntamos en el capítulo pasado, para cuya inteligencia, es menester presuponer dos cosas que allí declaramos. La primera, que la Misa, no solamente es memoria y representacion de la Pasion de Cristo y de aquel sacrificio en que él se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados; sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció y del mismo valor y eficacia. La segunda, que aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos ofrece este sacrificio, pero todos los circunstantes le ofrecen tambien juntamente con él. Supuesto esto, digo, que el mejor modo de oír la Misa, es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo este sacrificio y haciendo en cuanto pudiéremos lo que él hace, haciendo cuenta que nos juntamos todos allí, no solo á oír la Misa, sino á ofrecer este Sacrificio juntamente con el sacerdote, pues en realidad de verdad es así; y por eso está ordenado que los sacerdotes digan con voz clara y moderadamente alta las cosas de la Misa que conviene que el pueblo oiga, para que vayan gustando y preparándose juntamente con el sacerdote para ofrecer este Sacrificio con la preparacion que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ha ordenado para eso; porque todo lo que allí se dice y hace es un preparar y disponer, así al sacerdote como á los que le asisten, para que con mas devocion y reverencia ofrezcan este altísimo Sacrificio.

Para que mejor podamos poner esto en ejecucion, se ha de notar que tres partes principales tiene la Misa: la primera es desde la Confesion hasta el Ofertorio, que toda ella es un preparar al pueblo para que dignamente pueda ofrecer este Sacrificio. Al

principio con la Confesion y aquellos versos de Salmos, aun antes de llegar al altar. Luego los Kyries, que fuera de significar, como dijimos, la grande miseria en que estábamos antes de la venida de Cristo, nos dan tambien á entender que el que ha de tratar negocios con Dios, no los ha de tratar por justicia, sino por misericordia. Luego se sigue el *Gloria in excelsis Deo*, dando gloria á Dios por la Encarnacion y reconociendo el bien grande de este beneficio. Luego se sigue la Oracion. Y débese notar que dice el sacerdote: *Oremus* y "no *Oro*, porque todos oran con él, y él en persona de todos. Y para que esto se haga con mas espíritu, precede el pedir para ello la asistencia del Espíritu Santo, volviéndose el sacerdote al pueblo, con el *Dominus vobiscum*; y respondiendo el pueblo: *Et cum spiritu tuo*. La Epístola significa la doctrina del Viejo Testamento y la de San Juan Bautista, que precedió como preparacion y catecismo para la doctrina del Evangelio. El Gradual, que se dice despues de la Epístola, significa la penitencia que hacia el pueblo con la predicacion de San Juan Bautista. Y el *Alleluia* que se sigue despues del Gradual, significa el alegría que tiene el alma despues de haber alcanzado el perdón de los pecados por medio de la penitencia. El Evangelio significa la doctrina que Cristo predicó en el mundo. Y hace el sacerdote la señal de la cruz sobre el libro que ha de leer, porque nos ha de predicar á Cristo Crucificado; y despues hace la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, y el pueblo tambien, en lo cual profesamos que tenemos á Cristo Crucificado en nuestro corazon; y que le confesaremos con nuestras lenguas y con nuestros rostros descubiertos, y viviremos y moriremos en esta confesion. Enciéndense nuevas lumbres para decir el Evangelio, porque esta doctrina es la que alum-

bra nuestras almas y la luz que trajo el Hijo de Dios al mundo (1). Oyese el Evangelio en pie, para darnos á entender la prontitud que habemos de tener para obedecerle y para defenderle, cuando fuere menester. Oyese descubierta la cabeza, para dar á entender la reverencia que habemos de tener á la palabra de Dios. Luego se sigue el Credo, que es el fruto que se saca de la doctrina del Evangelio, porque en él confesamos los artículos y principales misterios de nuestra fé. Esta es la primera parte de la Misa, la cual llaman Misa de los catecúmenos, porque hasta aquí se permitian estar en la Misa los catecúmenos que no estaban bautizados, y los infieles, así judios como gentiles, para que oyesen la palabra de Dios y fuesen instruidos en ella.

La segunda parte de la Misa es desde el Ofertorio hasta el Pater noster, que llaman Misa del sacrificio, á la cual solo los cristianos pueden estar. Y así solia el diácono desde el púlpito mandar ir á los catecúmenos; y entonces se decia antiguamente, el *Ite Missa est*; «Idos, porque la Misa, esto es, el sacrificio se comienza ya; al cual no es lícito á vosotros asistir.» Esta es la principal parte de la Misa, donde se hace la Consagracion y se ofrece lo Consagrado. Y así el sacerdote comienza á tener silencio y á decir las oraciones en secreto que no sean oídas de los circunstantes, como quien se acerca ya al sacrificio. Como cuando se acercaba la Pasion, dice el sagrado Evangelio (2) que Cristo nuestro Redentor se retiró junto al desierto, á la ciudad de Efen, y que ya no andaba en público. Pues acercándose ya el sacerdote á ofrecer el sacrificio, lávase las manos para darnos á enten-

(1) *Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuae Israel. Luc. II, 32.*
 (2) *Joann. XI, 54.*